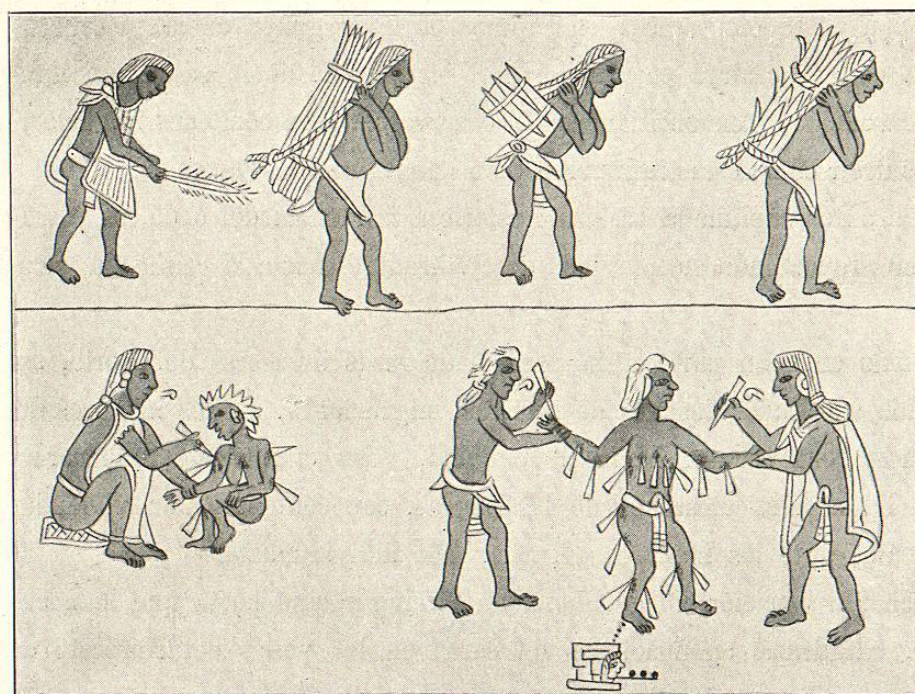


escritores llamado rey, tuvo apenas como cetro un puñado de cañas; pero las hambres, los fríos, las desnudeces, la alarma del enemigo siempre en vela, y el accho de la hora para vencer, dieron resistencia soberana á los meshica, y audacia casi sin límites; su historia cabe así entera en las primeras horas de su desamparo: para vivir, tenían que ser soldados y lo fueron, que erigir un ideal de guerra y lo erigieron; pero como el ideal no se impone sino cuando se le personifica, el del azteca se personificó incorporándose en el terrible y deforme antecesor legendario Huitzilipostli, ideal de energía feroz, de valor, de patriotismo nunca desfalleciente; así las virtudes guerreras y religiosas tomaban cuerpo, y por eso, cuando á fuerza de abnegación y perseverancia lograron hacerse respetar los meshica, ya las dos directrices de su educación y su destino estaban trazadas: su educación tenía que ser, cual su gobierno, militar y teocrática; su destino, vivir luchando, triunfar, concitarse odios y desaparecer, entre claridades de gloria, cuando un hombre astuto dirigiera á las multitudes enemigas.

La historia meshica es inflexible comentario de estas afirmaciones, pero no debiendo hacerlo aquí, paso á exponer el procedimiento educativo de la nación, cuando alcanzó su total desarrollo; procedimiento que

iniciaron y mantuvieron durante siglos, como ya lo he indicado, el inclemente medio físico y la hostil vecindad de otros invasores; pero que á su vez dió origen á instituciones y á costumbres por las cuales adquiría vigor pleno el ideal de la doble organización militar y religiosa.

4. Patentiza la educación meshica el Códice Mendocino, la admirable colección de jeroglíficos hecha por orden del primer virrey. Desde la hora crítica del nacimiento principiaban las educativas costumbres: la *ticill*, encargada de atender á la madre, voceaba á la manera de los que pelean, «significando



Aprendizajes en el *Calmeccac*. Jeroglíficos del Códice Mendocino

que la paciente había vencido y cautivado un niño,» y hechas otras ritualidades, si el recién nacido era varón le dirigía un discurso, que los cronistas formulan diciendo: «Sábetete y entiéndete que no es aquí tu casa... porque eres soldado y criado; ave que llaman *quechol*, pájaro que llaman *tzacuán*, ave y soldado del que está en todas partes; ésta no es sino un nido, una posada... Tu salida para este mundo... tu propia tierra otra es; para otra parte estás prometido, que es el campo... donde se traban las batallas; para allí eres enviado; tu oficio y facultad es la guerra, tu obligación... dar de beber al Sol sangre de los enemigos y... á la tierra... cuerpos de los contrarios.» En cambio, si se trataba de una niña, diverso era el discurso: «Habéis de estar dentro de la casa, como el corazón dentro del cuerpo; en este lugar os entierra nuestro Señor y vuestro oficio ha de ser traer agua, moler el maíz en el *metate*, sudar junto á la ceniza...»

Cuando pasados días se efectuaba una ceremonia parecida al bautismo, nuevas prácticas acentuaban la educación: si se trataba de un niño, poníanle desnudo sobre una estera de tule antes que el sol naciera y á su lado un escudo pequeño, un pequeño arco y cuatro flechas, dirigidas á los cuatro vientos. La *ticill* tomaba en sus brazos al diminuto guerrero, colocábale en las manos el arco y las flechas y vertía agua sobre él en el momento en que el sol lo vestía con sus primeros rayos; entonces, sumergiéndolo en ellos, exclamaba: «Señor, dios Sol, padre de todos, y tú, Tierra, madre nuestra, esta criatura os ofrezco, y pues nació para la guerra, muera en ella defendiendo la causa de los dioses.» Ofrecía después al dios de los combates las pequeñas armas; por tres veces repetía el nombre dado al infante, y gritaba: «¡Oh hombre

valiente, recibe, toma tu rodela, toma el dardo, que éstas son tus recreaciones y regocijos del Sol!» A esta sazón entraban los muchachos del barrio, robaban la comida preparada, simbolizando así la recolección del botín, y gritaban al pequeñuelo: «¡Ya eres de la suerte de los soldados, que son águilas y tigres, y murieron en la guerra, y ahora están cantando delante del Sol!»

Lo mismo que desde el nacimiento se efectuaban actos que encaminaban todas las ideas al combate y la religión, así después continuaba la serie de prácticas para el mismo fin; mientras el niño estaba en la cuna, los padres invitaban á los jefes de los establecimientos donde, cuando cumpliera quince años si era hombre ó menos si era mujer, debía desarrollar su educación, y lo consagraban solemnemente para entregárselo en su vez.

Semejante pacto era seguido por las prácticas de la educación infantil, todavía en la familia: tendía ésta resueltamente á hacer fuertes, sufridos y diestros á los hijos, para lo cual el desarrollo físico se efectuaba según reglas estrictas: desde recién nacidos se les bañaba en agua semihelada, se les hacía dormir en muy duras camas, y se les dejaba casi desnudos; á los cuatro años ya el padre hacía que el niño acarreará agua en pequeñas vasijas, ya la madre obligaba á su diminuta hija á servirse del malacate ó huso; á los cinco iban los niños con pequeñas cargas sobre las espaldas para llevarlas después mayores; á los seis debían ganar parte del sustento en los mercados; á los siete componían redes de pesca; un muchacho de trece años sabía gobernar una canoa y traer leña de las sierras; á los catorce pescaba en los lagos, era casi un hombre; sin más vestido que un ceñidor en la cintura, pues el traje no se permitía hasta más tarde, sin calzado y con frugalísimo alimento, tenía ya el cuerpo endurecido para todas las fatigas: si en determinado momento había sido reacio, pronto se le domaba para crueles castigos: se le ataba de pies y manos, para que durmiera sobre un suelo desigual ó para punzarlo con agudas púas hasta hacerle sangre; se le asfixiaba á medias haciéndole sufrir las sofocantes emanaciones del chile quemado.

5. A los quince años tal educación concluía y la del Estado podía principiar: si se trataba de un joven de la población más acomodada era conducido entonces á la escuela religiosa, denominada *Calmeccac*, que estaba erigida en el centro de la ciudad lacustre, entre la enorme pirámide truncada del templo mayor y el muro de circunvalación del mismo, decorado con figuras de serpiente, no lejos de las grandes viguerías verticales, donde se ensartaban cráneos de sacrificados formando una colosal cortina de cabezas.

Por toda la vida ó sólo temporalmente los jóvenes entraban al *Calmeccac*: se les recibía con extrañas músicas, que acordaban los viejos educandos tañendo los caracoles sagrados, golpeando las vibrantes maderas de los roncós tambores llamados *teponaxtles* y lanzando al viento agudos sonos de pitos de barro; pintaban de negro los novicios el rostro y el cuerpo del neófito, poníanle un collar de cuentas de palo, y en honor de los dioses le punzaban las orejas hasta derramar su sangre.

Los mismos caracteres que en la familia tenía la educación del *Calmeccac*: era una escuela de la voluntad para domeñar los apetitos del cuerpo, triunfar del dolor desafiándolo; vencer el hambre, la fatiga, la intemperie, el sueño y las debilidades físicas; formar las almas más fuertes en los cuerpos más duros: por eso era escaso el alimento, áspera la cama, pobre el vestido, poco el descanso; por eso se emprendían largas jornadas, y las penitencias eran incesantes y frecuentes, y terribles los ayunos; por eso al salir el sol los alumnos se sacaban sangre sacrificándose, y á la media noche se iban al campo con bolas de heno para clavar en ellas púas teñidas también en su propia sangre; por eso se dejaban caer desde agrias rocas ó se hacían pasar, á través de horadaciones hechas en la lengua, largas cuerdas con innumerables nudos; por eso la vigilancia de esas prácticas era estricta y crudelísimos los castigos de los infractores; pero como el *Calmeccac* no sólo realizaba la educación de los que en él estaban, sino que servía de modelo, sobre las almenas del templo, para que pudieran verse desde las cuatro calzadas que á él conducían, se ponían las ensangrentadas bolas de heno, llenas de púas, edificando así al pueblo, que podía contemplar diariamente el agua purpúrea del gran estanque á la vera del propio templo mayor.

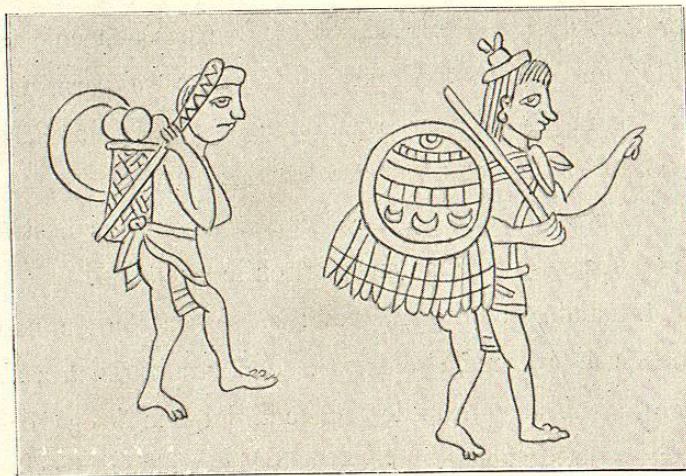
No eran, sin embargo, nada más la educación física y la de la voluntad lo que quería obtenerse: buscábase la educación intelectual; para ello se enseñaba á los discípulos la descifración de jeroglíficos, lo mismo que á rememorarlos todo por medio de éstos; enseñábaseles también á contar, y valiéndose de

su vigesimal sistema y de sus pocos signos, se les hacía efectuar complicadas operaciones aritméticas; se les ejercitaba en la observación de los astros, al propio tiempo que se les impartían exactas enseñanzas en cuanto á la medida de los tiempos; se les adiestraba para observar las costumbres y caracteres de animales y plantas, así como los efectos producidos por éstas y aquéllos sobre el organismo, y se les daban á conocer sucesos de su historia y las generalidades de geografía local.

Tenían que ser tales conocimientos casi totalmente empíricos: poquísimos habían podido elevarse al concepto de ley; pero como es necesidad del hombre explicarlo todo por síntesis, ya que nuestros abuelos no alcanzaron sino raras veces la ley, y pocas la entidad metafísica, llegaron sí al dios, múltiple y multi-forme para entender el Universo.

Las explicaciones dadas con lo sobrenatural son siempre sugestivas: cuando el hombre abre una ventanilla de su alma sobre lo inconocible, le empuja un vértigo de la inteligencia; aun cuando vuelva los ojos á lo conocido, ya lleva el divino contagio, y en cuanto ve, ve lo estupendo: esto explica por qué la astronomía de los meshica era también astrología; por qué su historia natural implicaba sortilegios, y por qué todos sus conocimientos de historia se entrelazaban con hazañas de dioses.

Si tales conceptos arrojaban funesta levadura de fantasías en los conocimientos y concluían por entremezclar lo cierto y lo soñado, y hacer que se creyeran realidades los engendros del alma, como cuando al llegar los españoles se les consideró dioses, asegurando su triunfo; en cambio, de este enmarañamiento de la inteligencia, que hacía que todo terreno pisado cediera bajo los pies, había una ventaja para las bellas artes: la imaginación, calentada en el hornillo de lo sobrenatural, levantaba las ideas hacia las divinidades y sugería construirles egregias moradas, ostentar en su honor hermosos adornos y hacerles cantos, músicas, danzas y discursos. Así tomaron cuanta extensión fué posible la literatura y la poesía, la música y la danza, la arquitectura y el arte suntuario, á la par que las múltiples *artes menores*.



Aprendizajes en el Calmecac.
Jeroglíficos del Códice Mendocino

Así erigieron los indígenas suntuosos templos, esculpieron innumerables figuras, y al son de extrañas músicas y raros cantos entretejían vistosas danzas, llevaban en las manos en tiempo de paz olorosos ramilletes y decoraban sus vestidos y sus cuerpos singulares adornos; pero acaso porque tiende á ser incontinente la fantasía que se dilata hacia lo inconocible, el arte azteca, en cuanto se ligaba con la religión, carecía á menudo de la divina *euritmia* de los griegos, y privándose de mesura en los elementos de un todo, llegó en ocasiones á la deformidad, é igualmente privándose de mesura en la agrupación de los conjuntos, llegó al caos; en cambio, cuando el concepto religioso no venía á deformar la inspiración nativa, producíanse admirables productos de cerámica, obras maravillosas de orfebrería, espléndidas grecas decorativas de palacios, deslumbradores vestidos de plumas preciosas y fragmentos arquitectónicos de envidiable factura artística.

Por igual modo que en esta parte de la educación, intervenía también el ideal religioso inspirando y viciando en los juegos públicos, cuyo génesis tiene tantos puntos de contacto con el de las bellas artes: la creación artística y el juego son, en efecto, un derroche de energías, no para la utilidad inmediata, sino por el solo gusto de producir; pero en tanto que el arte crea objetos en los que inhala ideas ó emociones, el juego crea actos que desaparecen sin huellas, salvo si subsisten los útiles mismos de la diversión: esto pasaba entre los meshica; su célebre juego de la pelota, ó el no menos famoso del volador, sus representaciones al aire libre, dejaron vestigios en que han podido estudiarse las preocupaciones de los extinguidos jugadores, y esas preocupaciones han sido siempre las religiosas, por modo tal que los juegos, no sólo servían para el desarrollo físico, sino también para la educación religiosa: reproducían, objetivándolos, los sucesos mitológicos que los educandos representaban en sus *sports*.

TOMO PRIMERO

Educación nacional

México.—Salón de monolitos en el Museo Nacional